

LITERATURA

Cuento.

Prohíbido Llorar

Por Gilberto Antonio Peña Sánchez

Mamá hizo un silencio muy largo. No puedo precisar si su rostro denotaba una agobiante tristeza o un enojo profundo. Yo, desde que ella llegó, había olvidado el hambre y había terminado la espera. Entonces estaba triste, muy triste, con un inconmensurable deseo de llorar. De llorar mucho y gritar alto, bien alto... Pero todo el fuego se concentró en mi pecho y me quemaba hasta las pupilas. Creo que por eso salieron unas lágrimas calientes de mis ojos. Sentí deseos de golpear mi cabeza contra el seto, destruirlo todo y llorar con rabia. Llorar. Pero mamá voltearía la cara rápida y se sentiría más mal, muy mal: ella dice que no se debe llorar, y como que lloran sus palabras cuando salen mezcladas con esa sonrisa suya, que ya no sé si se trata de una mueca forzada o de un alivio sincero; me abraza, me acaricia la cabeza y me repite dulcemente:

—Prohibido llorar, yo lo prohibo mi hijo; prohibido llorar.

Luego me sonrío, y me parece tan santa su sonrisa, y me parece tan bella, y me ilusiona tanto que me olvido de todos y de todo. Más después que pasa empiezo a preguntarme ¿No será esa su manera de llorar? ¿No será para ella su amor, su sonrisa, sus caricias, lo que para mí los gritos, las lágrimas, el llanto, el odio?

No sé si Altagracia, Ramona y Moncho sienten igual que yo: ellos son más grandes y quizás vean mejor la amplitud del mundo. Manuelcito es inocente. Está muy pequeño y parece haber asimilado mejor que yo la filosofía de mamá. El se las pasa callado en un rincón, estático, lánguido, mirando lejos. No llora por leche y parece preferir el té de hojas de naranjo que mamá o Altagracia le prepara. Es bueno, mejor que todos nosotros,

Manuelcito, porque no se enfada, ni rie, ni llora y es paciente, paciente como la mata de mango de la cañada, que tiene dizque tres años crecida y no echa un solo mango, y ya Moncho dice que es macho y que por eso no pare. Así es Manuelcito de tranquilo. Lo único malo que tiene es que se come los mocos, Pero eso lo hacen todos los niños de tres años, sobre todo cuando no acostumbran a comer otra cosa.

Yo me desespero, porque es triste eso de tener casi diez años de edad encima de la espalda, y no tener un sólo año de esperanza sobre el pecho. Yo no puedo, yo no debo recordar que existo, pues entonces me da con ponerme muy caliente, llorar y odiar hasta la vida.

Ayer mamá llegó, se echó en el piso e hizo un silencio muy largo. Ella hace eso cuando no ha conseguido nada qué hacer, nada que lavar o planchar y piensa que aquí estamos nosotros amenazados por el llanto, sin una sola silla, con una sola cama en el centro de este caserón viejo y callado. Cuando ella viene así sólo calla, no dice nada y en ocasiones aprieta los puños, se pone colorada... pero no llora, ni siquiera se le humedecen los ojos. Ayer, despues de media hora callando, se levantó y salió de nuevo. A las dos y quince de la tarde, Tomasina, la prostituta de enfrente, la llamó y le enseñó una batea llena de ropas sucias y una poncherota llena de paños y pantaloncitos que su niño de cuatro meses había manchado. Le ofreció medio peso por lavarlos todo. En principio mamá quiso reprenderla, pero pensó rápido en nosotros; le pidió el medio peso y lo pasó a Altagracia para que hiciera un sopón; ví brillar los ojos de Altagracia, confieso que también yo sentí alegría momentánea.

Pero aquí estoy hoy, en el mismo piso de ayer: pensando y con deseos de llorar, ansiando parecerme a Manuelcito, Pero nunca será posible. Ya la polio me agarró a su edad y me sembró aquí como a los vegetales, y sé que sólo debo callar, callar siempre, y no llorar, no llorar nunca aunque se me queme el pecho, aunque me sienta culpable por mi inutilidad, aunque la mata de mango se quede estéril, aunque Manuelcito amanezca desnutrido un día de estos, aunque mamá siga lavando ropas sucias y paños cagados, por cincuenta centavos solamente.